

# MIRET MAGDALENA

## LA IGLESIA Y EL PSICOANÁLISIS

¿Qué piensa el catolicismo del psicoanálisis freudiano? Las cartas de los lectores —principalmente lectoras— lo evidencian, si no estuviéramos ya seguros —por otras razones— de la curiosidad que produce este tema.

Han pasado ya aquellos tiempos, de hace sólo treinta y cinco años, en que el teólogo romano Padre Gaetani, S. J., condenaba este hallazgo científico, desfigurándolo para mejor combatirlo, como ha sido costumbre desgraciada entre los teólogos «seguros», que hoy hacen figura ridícula.

Ahora estamos ya en la época posconciliar, en la que varios obispos —y entre ellos el valiente mejicano Méndez Arceo— solicitaban del Vaticano II unas palabras de aprobación para el psicoanálisis de Freud.

Todavía resuena en nuestros oídos la experiencia reciente del monasterio benedictino de Cuernavaca (Méjico), de la cual hablaré otro día. Monseñor Vallainc —el portavoz de prensa del Vaticano— resumió, bien concisa y ajustadamente, la situación del problema planteado por el prior diciendo: «El tribunal eclesiástico no se ha pronunciado ni en sentido positivo ni negativo sobre el psicoanálisis». La Santa Sede es cauta en condenar ya estas nuevas corrientes científicas, y, por eso —cuando habló negativamente del experimento del Padre Lemerrier—, se limitó a decir que las medidas adoptadas con este benedictino en nada afectaban al psicoanálisis mismo.

Pero, antes de ir más adelante, aclaremos, como hace el psicólogo americano J. A. C. Brown en su libro «Freud y los post-freudianos», algo que no siempre queda claro: «La palabra psicoanálisis, estrictamente hablando, se refiere únicamente a las teorías de Freud, al método y a la investigación basados sobre la misma».

Por eso olvidaremos otras corrientes como la de Adler con su *psicología individual*, o la de Jung con su *psicología analítica*, ya que Freud ha sido el maestro genial de todos estos disidentes, que hoy se llaman post-freudianos, o psicoanalistas revisionistas, y que ninguno de ellos ha llegado a su categoría científica.

Recuerdo todavía un hecho bien significativo acerca del psicoanálisis, que no he visto citado nunca. En el año 1953 estaba yo en San Sebastián, asistiendo a las Conversaciones Católicas Internacionales —obra del pionero de la renovación católica española, Carlos Santamaría—, y allí encontré a un dominico belga, el Padre Leonard, que nos habló —a propósito de la autoridad pontificia— de un suceso reciente. El Papa Pío XII había pronunciado en septiembre de 1952 un discurso, con motivo del I Congreso Internacional de Histopatología del sistema nervioso, y en él —sin casi matices— había condenado en general el psicoanálisis pansexualista. Un profesor de la Universidad Católica de Lovaina —especialista en psicoanálisis— creyó, al leer el discurso, que contenía varios errores graves de concepto, acerca de Freud, y habló seriamente de ello con el arzobispo de Malinas. Este inteligente prelado le pidió un informe técnico, que cursó a Roma; y ésta es la razón de que el Papa pronunciase pocos meses después (el 13 de abril de 1953) un discurso más concreto y matizado —teniendo en cuenta las observaciones del profesor de Lovaina—, en el que sentó claramente una comprensión mayor del psicoanálisis, hablando en sentido bastante más positivo que en 1952. Sin desdecirse directamente, el Papa Pío XII rectificó sus tajantes juicios de pocos meses antes.

Pero, ¿qué es lo que se decía en este nuevo discurso? Sin duda, representaba un prudente punto de vista, y por eso —a pesar del viraje positivo— no queremos ser ingenuos, y creer que no existían reticencias eclesiásticas en él. Sin embargo, cualquiera que esté acostumbrado a la sutil exégesis que los teólogos hacen de los discursos pontificios, verá que, en vez de una condenación tajante, abrió una puerta al uso del psicoanálisis de Freud. Puerta que sólo entornó el Papa; pero que —en aquel entonces— fue un gran paso adelante, cuando los ambientes eclesiásticos eran claramente enemigos del mismo.

Tres especialistas católicos —la psicoanalista francesa Marise Choisy, el psicólogo P. Gemelli, O. F. M., rector de la Universidad Católica de Milán, y el teólogo alemán J. Rudin— han estudiado con detalle este discurso, y el balance final que hacen es positivo, a pesar de las reticencias propias del estilo eclesiástico que en él se encuentran. «El Santo Padre —dice el P. Gemelli

con la autoridad que tiene en estas materias— no ha pronunciado ninguna palabra de condenación contra ningún sistema, ni tampoco contra ninguna técnica»; se ha limitado a «poner en guardia contra los errores teóricos en que algunos han caído». Y no olvidamos —además— que gran parte del discurso del Papa se refiere en concreto a la psicología analítica de Jung, con sus veleidades religioso-psicológicas, más que al psicoanálisis de Freud, mucho más serio, como ahora nos acaba de descubrir otro especialista católico, el profesor Vergote, de la Universidad Católica de Lovaina.

Los principios básicos que recuerda el Papa, en medio de una serie de observaciones circunstanciales de detalle, son los siguientes:

En primer lugar habla del problema que presenta el libre juego de pensamientos y deseos que el descubrimiento de la interioridad —lo mismo *pre-consciente* que *inconsciente*— produce en el paciente sometido al psicoanálisis. El principio psicológico que afirma que los trastornos sexuales no pueden ser suprimidos sino por la evocación consciente, «no vale —dice el Papa— si se le generaliza sin discernimiento». El Pontífice no prohíbe su generalización, sino su generalización sin discernimiento.

Mucho mejor que vivir bajo la acción de impulsos y conflictos secretos, que trastornan nuestro actuar, ha de ser, sin duda, sacarlos a la luz sin miedo; porque no hay peor mal que la ignorancia acerca de nosotros mismos. Sin embargo, se necesita —como pide el Papa— sensatez en su descubrimiento y empleo, y todas las sociedades psicoanalíticas —como recuerda Marise Choisy— están de acuerdo en que a muchos neuróticos, si se les aplica el psicoanálisis «no soportan ni su ascética, ni sus frustraciones, ni su soledad, y deben contentarse con una simple psicoterapia», porque no todos los pacientes están preparados para ello; ni todos los que lo emplean, o pretenden emplearlo, están suficientemente preparados.

Por eso es tan rigurosa la Sociedad Psicoanalítica Internacional —como quería Pío XII— exigiendo que el futuro psicoanalista haya sido sometido a un aprendizaje minucioso, y sobre todo a un psicoanálisis personal, ya que no todos pueden ni deben ejercer este método curativo. A los enfermos que no están capacitados es a los que se les aconseja entonces sólo una acción psicológica de influencia directa —una psicoterapia— que se fije preferentemente en los problemas y conflictos presentes, y no se aconseja practicar un verdadero psicoanálisis, que influiría indirectamente —pero a veces violentamente— sobre la persona, produciendo una reacción excesiva en el paciente.

El segundo problema es el del secreto, o secretos, que puede desvelar el psicoanalizado. En esta cuestión juegan dos observaciones: la primera —contenida en todo libro católico de moral y recordada por el Papa— es que una persona puede contar siempre a otro, con suficiente motivo —y siempre que lo haga bajo secreto—, algo que no se puede normalmente descubrir, y lo puede hacer sin por eso faltar moralmente a su palabra, o a la natural discreción. La segunda norma —aclarada por el psicoanálisis— es que, en él, «los secretos referentes a los otros no interesan al psicoanalista, sino las reacciones del sujeto, y la razón verdadera por la que los calla, pero no los secretos en sí mismos». (Marise Choisy *Le chrétien, devant la Psychanalyse*.)

Los católicos no tienen sólo que deshacer los equívocos básicos en torno al psicoanálisis, como he intentado hacer yo, sino que además tienen en su mano dos criterios para valorar moralmente el mismo: 1) «La psicoterapia y el psicoanálisis —dice el Papa— deben considerar siempre al hombre como unidad y totalidad psíquicas, y como unidad organizada», por eso M. Choisy afirma que «la existencia de cada función psíquica se justifica por el fin del conjunto», y por eso, el psicoanálisis se debe aceptar cuando vemos claramente que tanto bien ha hecho a muchos seres humanos, que han centrado incluso así su propia religiosidad después de vivirlo. 2) «Las cuestiones que se prestan a examen de una psicología científica son las propias de vuestra competencia —les dice Pío XII a los especialistas—, y por eso lo mismo debe afirmarse de la utilización de los nuevos métodos psíquicos»; por tanto, la última palabra sobre la valoración del psicoanálisis la tiene el especialista responsable, según el Papa, y no los que lo juzgan desde fuera viendo peligros imaginarios en él.